

Trotando a la seccional

Por Juan José Panno

Iban 24 minutos del segundo tiempo de aquel partido por el torneo de la vieja Primera B, jugado el sábado 24 de octubre de 1981 entre Nueva Chicago y Defensores de Belgrano, cuando Franceschini metió el tercer gol. Chicago 3, Defensores 0, cosa juzgada. Después del festejo, desde la tribuna cabecera de los locales surgió tímida la primera estrofa de boca de un loco suelto: "Los muchachos peronistas / todos unidos triunfaremos..."

Los que estaban cerca no tardaron en prenderse: "... y como siempre daremos..." El grito salía desde donde tenía que salirles, después de tantos años de silencio : "...un grito de corazón: ¡Viva Perón, Viva Perón!"

Un par de minutos, tres a lo sumo, duró la trasgresión, hasta que volvieron al clásico: "¡Chi-chi-cago!/ ¡Chi-chi-cago!".

No había en aquellos tiempos cámaras instaladas en los estadios para detectar irregularidades, pero sí existían uniformados atentos y vigilantes. Cuarenta y nueve personas, según registraran las crónicas de la época, fueron detenidas por alteración del orden público y fueron obligadas a trotar hasta la seccional 42º, en Avenida de los Corrales y Tellier (hoy Lisandro de la Torre). Cuarenta de esos hombres recuperaron rápidamente su libertad pero toros nueve quedaron detenidos. Los sancionaron con 30 días de arresto.

Un vocero policial, el subcomisario Quintana, negó públicamente lo que los hinchas denunciaron y muchos testigos vieron: que les habían dado patadas, palazos y topetazos con los caballos que los escoltaban hasta la seccional. El jefe del operativo policial era Juan de Dios Velaztiqui, quien cargó desde entonces con el apodo "El trotador".

Velaztiqui adquiriría una gran notoriedad muchos años más tarde, exactamente en la madrugada del sábado 20 de diciembre de 2001, cuando les disparó a quemarropa a los jóvenes Maximiliano Tasca, de 23 años; Cristian Gómez, de 25, y Adrián Matassa, de 23.

Los muchachos, junto a un amigo que se salvó de milagro, estaban viendo la tele del maxiquiosco de una estación de servicio de Gaona y Bahía Blanca, en Floresta, y cometieron el delito de saludar la paliza que jóvenes como ellos le habían propinado a un policía, una semana después de los sucesos que desencadenaron la renuncia de De la Rúa. "Está bien, se lo tienen merecido", dijo como al descuido Tasca. Fueron sus últimas palabras... Velaztiqui extrajo el arma reglamentaria y los mató a los tres a sangre fría.

Después quiso simular un enfrentamiento, pero los vecinos no se lo permitieron. El 2 de noviembre de 2003 fue condenado a prisión perpetua, pero cuando cumpla 70 años podrá pedir el arresto domiciliario. Tal vez algún día les cuente con orgullo a sus nietos que él solo se las arregló con una barra brava entera, deformando aquel suceso que marcó el punto más trascendental del tema de esta nota: la marcha peronista y el tablón.

Una curiosidad adicional, simpática por cierto, es que después de aquel episodio de la cancha de Chicago, durante algunas semanas los hinchas cantaron el arroz con leche, en una fina ironía que todo el mundo entendía pero que no les permitía a los policías volver a meterlos presos.

Un especialista en recopilar cantos de hinchadas, el periodista Daniel Guñazú, presume que la primera vez que se escucharon los acordes de la marchita en una cancha fue en los cincuenta, cuando los simpatizantes boquenses juntaron su adhesión a Perón con la veneración por el club y cantaron “Y dale booooquidalebooo...y dale Boquidaleboooo”, que sonaba como “Perón, Perón,/ que grande sos”.

Los de Racing fueron más allá y armaron una estrofa entera: “En el este y el oeste (Por ese gran Argentino),/ en el norte y en el sur (que se supo conquistar),/ brilla la celeste y blanca (a la gran masa del pueblo),/ la Academia Racing Club (combatiendo al capital). La letra ya la había puesto, varios años antes, la popular audición de radio “Gran Pensión El Campeonato”.

Los de Independiente siguieron en la misma línea: “aunque nos lleven la contra// todos los cuadros demás / será siempre Independiente / el orgullo nacional”.

Los de Banfield plagiaron: “Aunque nos llevan la contra / Lomas, Escalada y Lanús,/ será siempre el Taladro / lo mejor que hay en el sur”.

Pero en el colmo del ridículo, un intelectual de esos que, como pedía Horacio Salas, van a la cancha con un libro de Borges bajo el brazo, en sus tiempos mozos, cuando alentaba a Defensores de Almagro, un club desaparecido en los ochenta, pretendía que lo siguiera el puñadito de hinchas del club el día que improvisó este cantito, con los acordes de la marcha peronista: “Aunque nos muerdan los perros / y nos lleven al Pasteur, / será siempre Defensores / el gran campeón amateur”.

En los cantitos de las hinchadas hay múltiples ejemplos de temas que se popularizaron en el tablón, relegando a segundo plano al original. Tal vez alcance como muestra aquel jingle que se pasaba por la televisión en los tiempos de José López Rega, que decía “Contagiate mi alegría / y reíte como yo / que hoy es tiempo de esperanza / y buscar en unidad la paz que nos dará el amor”. Pocos lo recordarán como tal, pero todo el mundo identifica este otro hit: “Vamos, vamos, Argentina / vamos, vamos a ganar, / que esta barra quilomera /no te deja, no te deja de alentar”.

Curioso, particular y seguramente único es el caso de la marcha peronista, que nació como himno de un club y va y vuelve del tablón a la política como un emblema de raíz popular.”

(En: Revista *La marcha*, “Los muchachos peronistas”, nº 2, Buenos Aires, Fioritura, 2004).